

LO QUE NO MUERE.

I.

Hay en algunos puntos de la Baja Normandía, particularmente en la península del Contentin, paisajes tan parecidos á otros de Inglaterra, que los normandos que desembarcaron en estas comarcas pudieron creerse que los lugares que acababan de conquistar eran los mismos que habían dejado en su patria. Por lo demás, esta semejanza debió ejercer poca influencia en la feroz imaginación de nuestros abuelos, aquellos *reyes de la mar*, para los cuales este mismo mar, con sus sublimes extensiones, no era otra cosa que un camino seguido por ellos con increíble audacia, en busca de presas y pillajes desconocidos, que desde lejos olfateaban aquellos leones marinos con su instinto de piratas....

Pero para nosotros, que somos sus descendientes; para nosotros, sentados hace siglos en las costas que ellos nos guardaron, y que con nuestra imaginación moderna nos complacemos en contemplar el país que ellos no tuvie-

ron más que el cuidado de conquistar, la semejanza entre los paisajes franceses y los ingleses es notable en muchos puntos. El mismo cielo, tan á menudo grisáceo y lluvioso, del Oeste, que de un modo profundo se graba en nuestro corazón, con su luz melancólica, y que cuando estamos lejos de él nos llena de nostalgia, hace mayor aún la analogía de Normandía y de Inglaterra, y algunas veces parece que esta semejanza llega á la identidad.

Y esto que decimos, es aún más verdadero en el castillo conocido con el nombre de «Castillo de los Sauces.» Entre todos los que se elevan en las costas de la península de Cotentin, no hay ninguno que produzca de un modo tan admirable la impresión que determinan muchos en Inglaterra, surgiendo repentinamente del seno de algún lago que les sirve de foso, y bañando sus piés de piedra en la límpida inmovilidad de sus aguas.

Situado en la Manche á poca distancia de Santa Madre Iglesia, pueblo que conserva únicamente de la Edad Media su nombre católico y sus ferias seculares, entre la Fiere y Picauville, es el único recuerdo de aquellos tiempos feudales, que ya han desaparecido. Si fuésemos á juzgar del castillo por lo que restaba de sus construcciones, desgraciadamente hoy arruinadas, debió ser edificado con los princi-

pios del siglo xvii sobre la orilla del Douve, que corre por allí en pleno pantano, y hubiera podido llamarse «Castillo en Pleno Pantano,» con tanta razón como el que está enfrente y lleva este nombre. Pleno Pantano y los Sauces, separados por extensas charcas llenas de cieno que atraviesa el Douve, retorciéndose como una anguila para ir lánguidamente á perderse en el Vire, bajo los puentes de Saint-Lo, y demasiado lejanos uno de otro, no podían verse en lontananza en lo más lejano de su brumoso horizonte, ni aun en los días en que el cielo estaba más puro.

Aislados en estos inmensos desiertos, eran dos moradas aristocráticas y solitarias, que en otros tiempos hacía falta bastante valor para decidirse á habitarlas. Alrededor de ellas, la atmósfera de los pantanos había sido durante mucho tiempo tan mortífera como la de las Lagunas Pontinas en la campiña de Roma, antes de la época del drama íntimo de que el castillo de los Sauces fué oscuro teatro. No hacía muchos años que un desagüe inteligentemente practicado había purificado la comarca de las influencias casi siempre mortales en que las poblaciones ribereñas y los habitantes de los terrenos pantanosos habían vivido miserablemente, *temblando* todo el año *las fiebres*, como decían aquellos infelices habitantes.

Pero hacia el año 1845, todas ellas habían perdido el aspecto de languidez y enfermedad que por tanto tiempo entristeciera la mirada del viajero que pasaba por aquellos semilleros de tifoideas, y la salud había regenerado á los hombres como á los paisajes. Saneados estos por un cultivo que había convertido en praderas aquellos pantanos, ofrecían ahora el espectáculo magnífico de una extensión de hierba que se perdía de vista; hierba en la cual se veían innumerables bueyes y vacas, que con sus diversas posturas animaban agradablemente el paisaje.

Estas hierbas húmedas, cortadas á trozos por diminutos arroyos, que llevaban un agua transparente de color opalino con fondo de esmeralda, ostentaban también, reuniéndose de cuando en cuando algunos arroyos, estanques redondos de agua pura, debidos, tanto á las lluvias tan frecuentes en el país, como al suelo primitivamente esponjoso y á la proximidad del Douve: y aun en algunos sitios, estos estanques eran bastante grandes para formar verdaderos lagos, surcados por mil repliegues de matices trémulos y cambiantes, según el viento que dominaba ó el aspecto del cielo.

Indudablemente una de las bellezas más notables de este paisaje pantanoso era esta serie numerosa de lagos, que en el otoño y en

el invierno tomaban proporciones grandiosas; y que en el verano, aunque disminuidos en gran parte, no desaparecían del todo, y llegaban á formar, iluminados por los rayos del sol, placas semimetálicas brillantes, ó como islotes de luz.

El castillo de los Sauces, que tomaba su nombre de un ramillete de ellos que le rodeaba, tenía un gran jardín formado por el lado del pantano, sobre el cual se elevaba algunos piés con una larga terraza con su balaustrada de piedra, en la que de trecho en trecho se elevaban vasos de granito á la moda italiana, que tanto había prodigado la arquitectura del siglo xvii. La entrada del castillo y su verja, adornada con escudos de armas, se hallaban al otro lado, mirando á las tierras, dejándole por aquel lado inaccesible al parecer en su vasto estanque, en el fondo del cual se elevaba como el Hada de las Aguas: esta era su poesía.

Los que le habitaban podían creerse al cabo del mundo, en el centro de aquel desierto de tierra y agua. Aun el camino de hierro que va de Carentan á Isigny, y divide en dos mitades aquellos pantanos convertidos en pastos, pasaba bastante lejos para dejar oír allí su estridente silbato, ó para dejar ver en el horizonte alguna pequeña nube de humo de las mu- chas que se desprenden de su chimenea. Nada,

pues, excepto el graznido ronco del pato salvaje, que se dejaba oír á largos intervalos, turbaba el lúgubre silencio de aquel castillo, hecho al parecer para excitar la imaginación en las almas profundas, ó el misterio en las almas apasionadas que hubieran buscado en él su refugio.

Aquella tarde,—porque era una tarde de verano, más ardiente en los lugares descubiertos, por la misma razón que son más fríos en invierno,—el castillo de los Sauces, por sus ventanas largo tiempo cerradas, pero entonces abiertas, y abiertas de par en par, dejaba oír ruido de instrumentos y de voces, que indicaban que la vida (la vida del mundo) había vuelto al castillo, tan largo tiempo deshabitado. El sol, verdadero sol de Agosto, sólo alcanzaba con un rayo tibio y oblicuo las aguas de aquellos numerosos lagos, que todo el día habían estado convertidos en ardientes espejos.

Á aquella hora, las mariposas, que en el país llaman *señoritas*, cansadas de su inmaterial patinaje en el cristal de las aguas, bailaban, antes de entrar en sus nidos, los últimos bailes, al húmedo soplo del crepúsculo; cuando un joven, con la cabeza descubierta, desde la escalinata del castillo de los Sauces bajó á sentarse á la extremidad del jardín, en un banco colocado á la orilla del agua, que por aquel

lado se veía estrechado entre sus caprichosas sinuosidades.

El joven, de una belleza extremadamente notable, tenía la edad intermedia entre la adolescencia y la juventud, que participa de ambas, y que podría muy bien calificarse de un tercer sexo en el interregno del corto espacio que dura; porque la belleza de esta edad es más efímera aún que la de la mujer, que tan pronto se evapora. En cuanto la virilidad llega, esa belleza deliciosa y perecedera desaparece, y aun en el hombre más hermoso no se encuentran vestigios de ella. El joven de que hablamos parecía el genio pensativo de la soledad.

Solamente que si había creído encontrar allí la soledad, su esperanza le salió fallida. Una voz más ligera y más suave que la ráfaga de aire en que llegaba, pronunció dos veces el nombre, extraño en el país, de *Allán*. Si el rocío hiciese algún ruido al caer en el cáliz de la flor, indudablemente tendría aquella dulzura celestial.

Aquella voz debía pertenecer á un ser más inmaterial aún que la mujer, á una niña destinada un día á ser mujer, á la blanca alba que precede á la aurora. Era, en efecto, la voz de una niña. ¡Ay! Por ligeramente que la mano pesada del hombre toque las cuerdas del ins-

trumento maravilloso, ya no produce sonidos semejantes.

Y la niña que tenía aquella dulce voz, corrió al lado del que ella llamaba Allán, y poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo, muy sofocada por la carrera :

—Miradla.... ¡Cuánto he corrido para cogerla; pero al fin ya la tengo! Mirad qué linda es la señorita azul. Mirad, Allán. ¿Veis qué hermoso azul?

Y entreabrió con suma precaución los dedos de la otra mano, para mostrar á Allán todos los tesoros de su conquista.

Pero el joven soñador, con la distracción estupefacta de uno á quien se despierta repentinamente, había levantado su frente del hueco de sus manos, donde la tenía apoyada, y parecía no comprender nada de aquellas alegrías de niño que ya había olvidado, por más que no fuese otra cosa que un adolescente.

Y la niña, viendo la indiferencia de Allán hacia el triunfo de que ella se mostraba tan alegre, se detuvo en la brillante enumeración de las cualidades de su cautiva, pobre y encantadora mártir que se agitaba en el fondo de su prisión, el cáliz de escarlata de una amapola completamente abierta.

—Vete en libertad, mi pobre señorita, puesto que él no te encuentra bastante linda,—dijo

la niña con despecho y tristeza, soltando el insecto y la flor.

Y su cabeza se inclinó dulcemente sobre su hombro. ¡Qué decepciones tan crueles hay á los catorce años! La mirada desdeñosa de Allán había cubierto de rubor la frente radiante de la niña, como hubiera podido hacerlo una reprimenda materna. Él conoció que la había herido, y no solamente en la mano al apartarla con dureza, sino en el corazón, lo que era más delicado todavía.

La susceptible niña no dijo una palabra, é iba á alejarse; pero Allán, reprendiéndose su violencia, la retuvo dulcemente una mano entre las suyas, y mirándola con cariño, la besó en el sitio donde la había tropezado.

—¿Te he hecho daño?—le preguntó con inquietud.

—No,—replicó ella, mintiendo orgullosamente.

Pero su fisonomía, tan franca un momento antes, se había contraído, frunciéndose sus encantadoras cejas.

—Perdóname ese movimiento involuntario (replicó Allán con insistencia). Perdóname si he sido cruel. Hace algunos días que mi alma se halla en una disposición tan miserable, que no soy verdaderamente digno de jugar contigo. Déjame, te lo suplico, mi querida Camila.

Vuelve al castillo, porque el frío de la noche va á caer; yo tengo necesidad de estar solo un rato. Vete, que pronto me reuniré contigo en el salón.

Ella le escuchó, y partió lentamente; pero fría, abstraída, silenciosa. Se conocía que no había aceptado ninguna de las palabras que Allán le había dicho para reparar su falta. Únicamente que no dejó transpirar el pensamiento que la dominaba. Se fué con el índice de la mano izquierda entre sus labios, de los que había desaparecido la sonrisa, y con la mirada sombría....

Notábanse, junto á las alegrías francas y vivas de la infancia, algunos rasgos especiales en esta niña de catorce años, que causaban admiración. Camila, como se ve, estaba en esa edad en que las niñas tienen menos encantos, ó en que ocultan traídoramente, bajo los signos de una pubertad incierta y en la delgadez de los contornos, la futura belleza que más tarde debe conquistar los corazones. Esta belleza era fácil presentirla en Camila, al ver el óvalo perfecto de su rostro y sus grandes ojos negros, brillantes y hermosos como una mañana de tempestad, separados por una nariz que era de una pureza griega. Sus cabellos eran de ese rubio dorado que tanto se estima hoy, pero que en aquel tiempo desesperaba á

las madres. La suya, para ennegrecerlos, la peinaba con un peine de plomo, y se los hacía llevar muy cortos y sin rizar, como los de un joven. Y esto era lo que parecía cuando se la miraba cerca de Allán, el cual, á pesar de sus vestidos de hombre, era tal su hermosura, que parecía una niña.

Cuando el juego no la animaba y por casualidad se hallaba sentada en el salón al lado de su madre, hubiera sido difícil reconocer á la fogosa niña del jardín en aquella otra silenciosa, que sostenía lánguidamente en sus dos manos, mórbidas y blancas, su rubia cabecita, repentinamente transformada en soñadora y pensativa.

Había Camila vuelto á entrar en el castillo, pensando en que Allán no la había rechazado nunca como aquella tarde, cuando iba á proponerle tomar parte en sus juegos.

Educados juntos y bajo el mismo techo, separados solamente por los tres años que él tenía más que ella, habían ya, desde que estaban en el país, pasado largas horas reunidos en los pantanos solitarios que se ofrecían á sus ociosos paseos, buscando flores raras en las orillas de los estanques. Muchas veces, usando de la libertad en que se les dejaba, bajaban á las orillas del Douve, que se hallaba bastante lejos del castillo de los Sauces, y arrancaban algunos

nenúfares, esos lirios de los ríos que arrastran lentamente sus aguas, y volvían al castillo tejendo guirnaldas con las flores que habían cogido. ¡Largos paseos de los primeros días de la vida, cuyo recuerdo guarda el corazón por mucho tiempo, pero cuya dulzura no se siente bien; pues ofrece algo de amargo en su fondo en los últimos momentos de la existencia!....

Estos paseos, estas diversiones de niños, que mañana serán un hombre y una mujer, tienen una secreta embriaguez, aun para la inocencia. Pero ¿sentían ellos esta embriaguez? Cuando vagaban de esa manera por los campos, donde no encontraban á nadie, ¿se cuidaban de otra cosa que de vivir? ¿Vivían sencilla é inconscientemente como la flor que se abre bajo el rayo de sol que la vivifica, como las mil creaciones que les rodeaban, y que palpitaban sin saberlo?....

Cuando hablaban en voz baja entre los dos, sus voces acariciaban el aire que corría entre sus juveniles cabezas, con sus labios tan frescos como la brisa, esa cruel coqueta que las flores no pueden nunca retener para devolverle las tiernas caricias que les prodiga. Y cuando Allán pasaba su brazo alrededor de la delgada y flexible cintura de Camila, parecía como la hiedra que se rodea al árbol, al que se estrecha sin calentarle.

Imprudentes eran las madres de aquellos niños, y la de Allán, si hubiera vivido, lo sería más todavía.... Su hijo tenía todas las turbaciones, todos los temores de una edad que se puede considerar como un segundo nacimiento á la vida. Imaginación de una plenitud tal, que se pasaba sin alimento, sosteniéndose de sí misma; Allán, que acababa de terminar sus estudios, rechazaba toda especie de libros. Los poetas, esas hadas divinas de las narraciones que nos relatan, tenían pocas maravillas para él, que, al leerlos, desdeñaba sus páginas más brillantes. Lo que podía dudarse en Camila, era indudable en Allán. La panteira que duerme en el fondo del corazón del hombre, se despertaba en el suyo, clavándole sus garras en la frente. Padecía la enfermedad de tener diez y siete años.

Sus ojos no tenían ya, si lo habían tenido alguna vez, el esplendor puro de los de Camila; giraban velados bajo unos párpados medio cerrados, como los de una sultana indolente al salir del baño; sus pobladas cejas, imperceptiblemente fruncidas por un ensueño continuado, denotaban un pensamiento misterioso, encerrado en aquella frente, semejante á una copa voluptuosa por la forma y la gracia de su adorable contorno.

La madre de Allán, que era inglesa, había

pasado, según se decía, los nueve meses de su embarazo mirando con una obstinación supersticiosa el retrato de lord Byron, de quien era locamente apasionada, y había transmitido á su hijo aquella frente encantadora y sublime, aquella frente en que la falsa prudencia inglesa creía ver el *rincón de la demencia* en uno de sus ángulos, prolongado atrevidamente bajo la masa de rizosos cabellos negros que la coronaban.

Habitualmente los ojos de Allán estaban tristes, como lo son generalmente los de los que miran más en su corazón que en la vida; pero á la menor emoción ó al menor capricho del joven, de alma más apasionada que fuerte, y que tal vez llegaría á ser robusta antes de tener carácter, partía de sus pupilas un relámpago de luz, como el surco de oro de una estrella que atraviesa el firmamento en la oscuridad de la noche.

Allán usaba, lo mismo que Camila, los cabellos cortos y el cuello descubierto. Pero mientras que ésta lucía los cabellos ásperos y fuertes de un hombre, los del joven eran naturalmente rizados y suaves, amontonados como si fueran los de una niña, y por este contraste singular, los dos niños ofrecían la ilusión, que se representaba sin cesar á los que los veían, de que los sexos estaban trocados entre ambos.

Hacia algunos meses que Allán demostraba una tristeza, ó, mejor dicho, una desigualdad de humor, que se reflejaba sobre Camila. La causa de este cambio era desconocida á los habitantes del castillo de los Sauces. Entre todas las mujeres que habían venido á pasar el verano en él, entre todas las que miraban al joven soñador, cuya belleza tal vez hacía sonar también á algunas de ellas, debía haber una al menos que había penetrado el secreto de Allán; porque, estudiando á este débil y casi transparente joven, digámoslo así, en quien las emociones subían del fondo á la superficie, podíase advertir alguna otra cosa que no eran misterios de organización.

Por otra parte, ¿puede ser fácil en el principio de la vida, á la edad de Allán, ocultar alguna emoción á la que nos hace que la experimentemos? Y aun mucho más tarde, ¿podemos fiarnos en la máscara con que nos cubrimos? Aunque fuese de mármol ó de bronce, las miradas de la mujer, que parecen tan dulces y son tan penetrantes, atravesarían fácilmente el bronce y el mármol, para ver debajo de ellos el sentimiento que hubieran podido inspirar, y que más oculto se les quisiera tener.

Allán permaneció mucho tiempo en el banco en que estaba, casi echado, sin advertir que

el día terminaba ni que el sol había desaparecido. La oscuridad que encubre todos los objetos estaba tan de acuerdo con sus pensamientos, que hubiera seguido indefinidamente en el mismo sitio, si no hubiese oído un rumor de pasos cerca de él.

—¿Sois vos, Camila?...—preguntó, creyendo que la niña volvía en su busca.

Pero una voz que no era la dulce y bien timbrada de la niña, una voz que la experiencia de la vida había enronquecido, respondió:

—No, no es Camila.

Esta voz, de un timbre algo alterado, hizo saltar á Allán, que al instante se puso en pié, como si hubiera oído el irresistible canto de una sirena.

Una mujer de estatura elevada se acercó.

—¿Qué hacéis solo á esta hora? (preguntó). ¿No os parece que ya deberíais haber entrado en el castillo, para libraros del rocío de la noche, que es glacial? Acabo de ver á Camila en un rincón del salón. ¿Habéis tenido alguna disputa con mi hija?

—No, señora,—respondió con un acento tan trémulo como un escolar cogido infraganti, tanto, que al oírlo, cualquiera hubiera jurado que mentía.

—Entonces, ¿por qué no volvéis?... ¿Por qué habéis huído tan pronto del salón?... ¿Por

qué os vais haciendo tan arisco?... Todo el mundo se queja de vos en el castillo.

—Es que todo el mundo me fastidia,—respondió con tono hastiado.

—¡Oh! Sois demasiado gran poeta para nosotros.

Su voz tomó al pronunciar estas palabras un tinte impregnado de ironía; pero la intención de tal ironía fué pasajera; y después añadió con tono más cariñoso:

—¿Sabéis, Allán, que me tenéis inquieta? Ignoro lo que os sucede; pero tenéis aire de sufrir mucho. ¿Estáis enfermo, amigo mío? Y si no lo estáis, ¿á qué se debe esa apatía inexplicable?... Confíadme lo que tenéis; ¿por qué sufrís?

Y con aire casi implacable tomó la mano ardiente del joven en la suya, que estaba helada.

—¡No, nunca!—exclamó él, retirando bruscamente la mano.

Y se metió apresuradamente en el bosquecillo de sauces que estaba detrás de él, dejando oír algunos sollozos.

—¡Pobre niño!—murmuró.

No era posible ver su cara, y siguió con paso lento por la calle de árboles que conducía directamente al castillo.

II.

El castillo de los Sauces pertenecía en 1845 á la condesa Iseult de Scudemor, viuda del último descendiente de la antigua familia normanda de este nombre, y cuya vida, muy corta, la había casi toda pasado fuera de Francia, desempeñando altos cargos en la diplomacia cerca de las cortes extranjeras.

La condesa de Scudemor, casada muy lejos de allí, no era del país; pero habiendo permanecido en él algunas temporadas después de su casamiento, había vuelto con su hija hacía muchos meses. Pero ¿qué motivo tenía para volver al país, cuando el tiempo que había pasado en él con su marido fué tan poco, que no era posible que pudiese guardar de él un gran recuerdo?

Cuando se presentó en los Sauces, los habitantes de los castillos circunvecinos la habían casi olvidado. Por otra parte, se hallaba tan cambiada, que los que la habían entrevisto en otra época, no la hubiesen probablemente reco-

nocido, si no hubieran sabido de antemano que era ella. Su ausencia, sus viajes, la dispersión en lejanos climas de todo el esplendor de su juventud, que en tan alto grado tenía en otro tiempo, y que parecía haber dejado en ellos; aquella niña á quien llamaba su hija, y cuyo nacimiento no se había sabido en el país; aquel adolescente que la acompañaba, y al que designaba con el nombre escocés de Allán, todo la rodeaba de una especie de misterio difícil de poner en claro, porque su reserva, llena de nobleza, pero fría, no permitía la más mínima observación, y no era fácil penetrar en su pensamiento ni sorprender sus secretos.

Poseía aquella mujer un encanto extraño y silencioso. El mundo, al que se imponía, aun sin quererlo, la creía distinguida, y colocaba generosamente, bajo el nombre banal, sin embargo, de distinción, el respeto que inspiraba un espíritu desconfiado.

Aunque tuviese todavía bastante hermosura para tener afición á la vida, tenía la calma indiferente, que no se alaba ni se queja, de un ser que á nada tiene apego. Era natural y sencilla, y probablemente las mujeres no la amaban á causa de su extremada frialdad, á pesar de que ella jamás pretendía ser su rival en los éxitos de la vanidad.

Suponíansela opiniones muy atrevidas. ¿Habéis notado que el mundo supone siempre opiniones muy atrevidas á los que no hacen el mayor aprecio de las suyas? ¡Es menester ser muy pretenciosos para eso! Pero esta aserción aventurada no había podido justificarse nunca por hecho alguno.

En el mundo, la condesa Iseult de Scudemor tenía la costumbre de no mezclarse jamás en las conversaciones sino cuando versaban sobre asuntos generales é indeterminados; pero ¿obraba de este modo por desprecio ó por indolencia? ¿Tenía miedo de dejarse arrastrar por la conversación á descubrir algún pensamiento, y entrearbrir así alguna perspectiva de su vida pasada? No se sabía; y era tan imponente su aspecto, que hubiera desconcertado al observador más insolente.

Pero también había que confesar que, para conseguir esto, la condesa de Scudemor no hacía el menor esfuerzo. Toda su persona ofrecía una expresión patricia que se demostraba en sus menores movimientos, sin advertir jamás en ella la más mínima contradicción: no tenía ni desdén ni languidez. Sus maneras—las maneras son las actitudes del espíritu, como las actitudes son las maneras del cuerpo—eran lentas hasta el abandono; pero no eran abandonadas. Su modo de hablar sobrio, y sus pa-

labras, casi sin color, se pronunciaban con una voz casi apagada....

Imaginación tenía, indudablemente, como todas las mujeres; pero se hallaba adormecida, y el mundo no conseguía despertarla de su sopor. Era siempre verdadera en sus palabras; pero con una verdad insignificante, porque no tenía necesidad ni interés ninguno en faltar á ella. Lo que más admiraba en la señora de Scudemor, era una calma inmensa, por decirlo así. Cuando su seriedad ordinaria se interrumpía por una palabra espiritual, daba una aprobación graciosa y ligera, con una sonrisa que apenas desfloraba los labios en su rápido paso.

Había en el modo de decir de la Condesa, mucho más que en lo que decía, una amabilidad inefable. Sin embargo, veíanse en ella algunos imperceptibles matices que no hubieran debido revelarse, porque sus facciones, tan bien dispuestas para expresar la energía, la fuerza reposada que circulaba desde su frente á sus piés nerviosos, dignos de apoyarse en un zócalo, alejaban de ella toda idea de vagos ensueños, desterraban todas las angélicas espiritualidades de la poesía, melodía de arpa que un poder desconocido saca algunas veces de un instrumento de cobre, brumas melancólicas de una noche avanzada, á través de las

cuales un alma de bronce puede perder su austera rigidez.

Pero las gentes del mundo no se daban cuenta de estas delicadezas de contraste, que solamente observadores muy ejercitados hubieran podido advertir en la Condesa. Los hombres pasan cerca de una mujer de la edad que tenía la señora de Scudemor, como pasan al lado de una planta preciosa entre cien plantas diferentes: sólo la flor es la que marca las diferencias para los botánicos groseros. La flor ajada no es más que hojas verdes, en las cuales la mirada apenas se fija, y se confunde con todas las que no descuellan por su lozanía.

Á los ojos del mundo, la Condesa no era otra cosa que una mujer de más de cuarenta años, que os escuchaba horas enteras sin hablar ella apenas por su parte, en la cual la frescura pálida de la juventud había sido reemplazada por una tez de color algo más subido.

Viendo aquella cabeza colocada orgullosamente sobre sus hombros, en la cual no se revelaba la vida interior ni hacía inclinar un pensamiento triste, se hubiera dicho que era una majestuosa cariátide arrancada de su lugar....

«La estatua permanece en su sitio, por más que la mujer no esté,» decían los hombres, para consolarse de la desesperación que cau-

saba á sus galanterías su aire excesivamente frío, y á los que alejaba, impidiéndoles hacerle la corte. La proclamaban una mujer muerta, y, en efecto, tenía la belleza de una hermosura muerta, semejante á los granaderos rusos de la batalla de Eylau, que, habiendo quedado de pié en su puesto, parecía que todavía estaban vivos, y era necesario dejarlos caer al suelo para convencerse de que su muerte era bien efectiva.

La condesa de Scudemor había estado unida por una íntima amistad con la madre de Allán de Cynthry, huérfano educado bajo la vigilancia de un tutor; y al morir la amiga de la Condesa, le había recomendado con encarecimiento á su hijo: en recuerdo de esta amiga tan querida, la Condesa se había llevado al joven en su compañía. ¿No debe tenerse una especie de piedad maternal para con el hijo de una amiga que se ha perdido?

Allán era para la condesa Iseult una cosa entre hijo y sobrino, y, sin embargo, no era uno ni otro: era su posición mixta y peligrosa como el sentimiento á que daba lugar, y que ningún lazo confirmaba.... Por lo demás, con el joven, y hasta con Camila, se mostraba poco afectuosa; nunca era más que amable. Su carácter parecía refractario á toda especie de demostración exterior.

Si hubiera procedido de otro modo, es indudable que sus maneras, que contrastaban naturalmente con el carácter vehemente de su fisonomía, habrían perdido una gran parte de su encanto. Pero en cambio esta era la razón por qué las almas vivas, las naturalezas entusiasmadas, la creían egoísta.

Y volviendo á Allán, ¿comprendía bien la señora de Scudemor el sentimiento, ondulación serena y dulce, que el joven la inspiraba?... Un sentimiento se compone con mucha frecuencia de tantas cosas que interesan á nuestra alma, tantas sutilezas imperceptibles, que nos causaría extremada admiración el saber de cuántos delgadísimos hilos se fabrica en nuestro interior esta trama maravillosa, si se nos pudiesen mostrar separados. Esta trama misteriosa, que se teje silenciosamente, y sin que de ello nos demos cuenta, en nuestros corazones, ¿había dejado comprender á la condesa de Scudemor con qué hilos se había tejido en el suyo?

Es indudable que la primera de las causas del interés que la inspiraba el joven había sido el nacimiento de Allán y la muerte de su madre. El mundo es estúpido muchas veces, y hay muchos también que, tan estúpidos como el mundo, se equivocan acerca de la realidad de las cosas, juzgando por sus apariencias engañosas.

Ocurre con frecuencia tomar un gran cariño á esos niños que desde muy temprano carecen de padre ó de madre, creyendo compadecerlos porque los dolores de la familia (que tiene los suyos especiales , como la sociedad) no les alcanzarán un día, y que, semejantes á nuevos autóctonos, por la muerte de los que les dieron el ser, no podrían crecer si no fuera por la virtud de la fuerza que se desarrolla en ellos. La señora de Scudemor no se hallaba exenta de este interés vulgar ; pero ¿era el único que para ella tenía el joven Allán de Cynthry?

No, no era el único ; había otro más profundo y más tierno , que nacía en el sentimiento que ella le inspiraba , porque Allán , aunque educado por ella, no había encontrado en esta comunidad de vida, compartida desde la infancia, la costumbre preservadora que salva á las madres y á las hermanas del amor incestuoso de los corazones púberes...

El sentimiento que Allán experimentaba hacia la condesa de Scudemor, aquella persona tan grave y tan imperturbablemente maternal, le había sacado y desarrollado sin desconfianza alguna en las más filiales y más castas familiaridades. Únicamente que si hubiera tenido la vista un tanto perspicaz, y hubiera adquirido alguna inteligencia en las pasiones, esas her-

manas gemelas del sufrimiento en nuestras almas, habría debido conocer en su origen los confusos ardores y las levaduras de toda clase que se agitaban laboriosamente en el alma de Allán , prontas á fermentar.

Hay seres dotados del triste privilegio de comenzar su martirio de hombre desde muy temprano. Vuelven todas las tardes pálidos, con la boca contraída y la mirada extraviada, y los padres creen que el fastidio de la escuela es el que los cambia de tal manera: en su ciega ternura , no ven lo que pasa en esas almas demasiado precoces. Si algún día llega á ocurrírseles semejante idea, sugerida por la experiencia, la rechazan enérgicamente, confiando, dichosos y tranquilos, en la edad de su hijo. Entonces es cuando se experimentan esos dolores que sólo Dios conoce, habiendo otros muchos, fruto de los primeros, que se podrían nombrar fácilmente.

Allán conocía muy bien estos últimos. Desde los doce años había empezado la pasión á turbarle con sus sueños oscuros, ardientes y dulces. Siluetas de sueños más bien que sueños , cuyo recuerdo no puede ser completo, pero que hace ruborizar y enciende la sangre; pasión vaga, tormentosa, infinita, que aún no exige cosas visibles , pero que enerva las facultades en la hora en que deben disten-

derse con arranque vigoroso y flexible....

Durante los años que siguieron, el joven no dejó ver la tempestad interior que le torturaba, más que por fugitivos relámpagos. Había en él, como en su voz (la voz que se tiene á esa edad), alguna cosa del hombre que se desborda repentinamente por encima del niño. Indudablemente hubiese estado, como todos lo estuvieron en aquella época (1845), enfermo con el sufrimiento inherente á ella,—terrible lugar común de entonces, en las almas como en la literatura, y del cual el *René* de Chateaubriand fué la idealización más completa,—si su posición especial no le hubiese librado de tales agitaciones sin objeto, y no hubiese dado una fisonomía más humana y más real á sus pasiones.

La condesa Iseult de Scudemor, á cuyo lado pasaba su vida, se apoderó harto temprano de todos sus pensamientos, y por más que tuviese para con él la gravedad de una madre, es lo cierto que una madre no hubiera podido hacer germinar de tal modo la adoración y el respeto. Indicio del primer amor que comienza á lucir en la noche de nuestros corazones, el brillo que despiden escapa á todas las miradas. Hasta entonces la imaginación era la única que se hallaba comprometida. Era una luz tímida y pura que creía seguir; un astro que

se levantaba sonriendo á un horizonte inaccesible; un amor místico digno de la musa,—pero el rayo no rozaba aún la frente de Galatea.... y solamente cuando corrió como un torrente de lava sobre el mármol de su pecho, se animó su frente y exclamó: «Yo.»

Pronto llegó el tiempo en que este niño dijo también, como Galatea: «Yo.» La escasa paz de que gozaba á intervalos la perdió por completo, y no se contentó ya con el culto desinteresado con que se había satisfecho tanto tiempo, esa adoración muda que no pide que su manifestación, al escaparse de su pecho por casualidad, le sea devuelta y correspondida; el poeta se borró, como siempre, en la realidad de la pasión. En el altar á que se complacía en llevar sus ofrendas, la naturaleza humana le inspiraba el deseo de un sacrificio menos puro.

Entonces llegó á tener miedo de sí mismo. Tuvo miedo de un sentimiento cuyas exigencias eran cada día más imperiosas. Hombre prematuro por las facultades sensibles, era un niño por la voluntad. Soportaba con pena la peligrosa educación de un tiempo escéptico y lleno de pedantería, que dejaba abandonado el carácter á sí mismo, y sólo se ocupaba de desarrollar el espíritu.

Sus maneras cambiaron enteramente, lo